

## Adiós «Reina»

Llegó el otoño y el agua  
y con él llegó el mal tiempo  
y los fríos y los aires  
y un mal recuerdo de pueblo.

Fue el Día de Difuntos,  
a primeros de noviembre,  
cuando a un haya centenaria  
le trajo el aire la muerte.

Yo quiero decirle adiós  
a ese haya de mi pueblo,  
que estaba en el Chaparral  
y que hoy llamamos Hayedo.

Han dicho los estudiosos  
que tenía tal edad  
que pasaba los trescientos  
y esa es una gran verdad.

¿Me dejas querido amigo  
que te diga dónde estaba?  
A la izquierda del camino  
al llegar a la explanada.

Ella nació junto al río  
y vio sus aguas correr  
de lo que es el río Jarama  
a poquito de nacer.

En silencio ella creció,  
con finísima corteza,  
y nadie pasó a su lado  
sin admirar su belleza.

Sus hojas en el otoño  
eran de un vivo color,  
que parecía un arco iris  
en un día de lluvia y sol.

Yo la llamaba la «Reina»,  
otros le decían «Abuela»  
y otros allí se extasiaban  
al ver aquella belleza.

Eras bonita en otoño,  
eras viva en primavera,  
acogedora en verano,  
desnuda o con hojas, bella.

La parada era obligada  
cuando a tus pies se llegaba,  
los niños para aprender,  
los grandes para admirarla.

Han sido miles y miles  
los que a ti te han contemplado  
y seguirán siendo miles  
los que vean que te has marchado.

Pero no importa mi «Reina»,  
que tu amante ya ha previsto  
y tiene un haya pequeña  
para poner en tu sitio.

Además es hija tuya,  
que tú creaste el hayuco,  
y fue metido en la tierra  
y ya está dando su fruto.

Si conseguimos que crezca,  
ese haya que está plantada,  
habrá que nombrarla pronto  
como «Princesa Encantada».

Fuiste estudiada por muchos,  
visitada por pastores,  
diste sombra a los vaqueros  
y alegría a los mayores.

Estabas hueca por dentro,  
pues la edad lo requería,  
y allí crio la jineta  
y allí el garduño dormía.

Se marchó la «Reina Madre»  
cuando el otoño llegó,  
hoy el Hayedo es más chico  
sin el haya que cayó.

Yo pido que planten otra.  
Yo quiero que crezca sana.  
Y que nuestros nietos puedan  
cuidarla el día de mañana.

Te marchaste «Reina Madre»,  
el aire te tiró al suelo,  
pero en mi retina queda  
un árbol grande del pueblo.

Rafael de Frutos Brun  
Montejo de la Sierra  
04-11-2004